

# EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Las jóvenes, por don A. Pirala.—Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—La Flor del pensamiento [poesia], por don F. J. Simonet.—Las peras del buen cristiano, por don E. Blancas.—Un episodio de la batalla de Aboukir, por don E. Hernandez.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: Segundo Figurin.—Pliego de Dibujos.

## INSTRUCCION.

### LAS JÓVENES.



OR los pequeños cuadros que hemos presentado, pretendiendo dar á conocer ligeramente las jóvenes de todos los paises, sus cualidades mas distintivas ó típicas, sus errores ó sus preocupaciones, sus virtudes y defectos, han podido recibir nuestras lectoras una notable enseñanza, que no deja de participar de mucho recreo y no poca utilidad, y cuya instruccion está en los mismos hechos, no en lo que nosotros hayamos dicho, siendo el órgano de ajenas opiniones.

En medio de la diversidad de paises que hemos recorrido, lo mismo en los ardientes arenales del Africa que en las heladas regiones del Norte, en la China ó en la América, en la India ó en Europa, hay un sentimiento que es invariable en todas partes, que obra con igual vehemencia, que tiene la misma sensibilidad, la propia fuerza, y toda la entrañable ternura y el amor que Dios ha colocado en el corazon de la mujer, al hacerla experimentar el sentimiento de madre.

La naturaleza es igual en todas partes, y la madre la obedece en ese sentimiento que debe ser igual en la hija, y así le vemos.

Y en efecto, siempre vemos á la joven correspondiendo con su amor al maternal: obediente á sus órdenes, sensible á sus desgracias, gozando con sus

satisfacciones, y procurando constantemente ser su alegría y consuelo, su ayuda y su esperanza.

Si en la América del Norte goza de mas independencia la joven, no es sin embargo á costa de los sentimientos de la naturaleza, del afecto filial; es efecto de usos y costumbres establecidas, que no dejan de tener su escepcion. ¡Y quién sabe si no llorarán muchas esa falta de justa y legítima dependencia del suave y dulcísimo yugo maternal!

Una leccion resulta provechosa en los bosquejos que hemos hecho. La degradacion, como resultado de la ignorancia; la esclavitud en los pueblos atrasados, en los que no han llorado la muerte del Redentor, ni se ven alumbrados por la luz que arrojó al mundo la religion cristiana, personificada en el astro que apareció como una estrella en Belen y se oscureció en el Calvario, para lucir mas fulgurante y bello.

Por eso donde existe la tiranía pagana es la mujer esclava; donde han cerrado los ojos á la civilizacion que brotó del Cristianismo, reina la ignorancia, la supersticion y el error, y es allí la principal víctima la mujer.

Comparad esos pueblos con los cristianos, y os asombrará la diferencia, que aun seria mas grande si los analizáramos escrupulosamente.

De aquí la satisfaccion que debe tener la mujer de estas afortunadas regiones del mundo, y lo que debe procurar, sobre todo, es conservar ileso tan preciado depósito, y aumentar especialmente su instruccion, de tanto precio, no solo para persistir en una posicion no apreciada en todo su inmenso valor, sino para mejorarla en cuanto sea posible en su provecho y en el de la sociedad.

Este ha sido y es el objeto de nuestras tareas, convencidos de la importancia de la mujer, y conven-

cerla queremos tambien de lo que á ella misma le interesa.

Estudie la jóven á las jóvenes de todos los pueblos, y compare: estudie tambien la civilizacion de esos mismos pueblos, y cotégelas: estúdiense luego á sí misma, y vea si aun le queda algo que aprender para su mayor esplendor, para el engrandecimiento de su familia, y para contribuir al brillo de la patria y de la sociedad.

A. PIRALA.

## GARTAS Á JULIA.

### XII.

Cuando llegué á casa, volé al aposento de la abuela: deseaba hacerla mil preguntas, queria que me instruyese sobre una porcion de cosas. No creo que haya habido jamás ningun neófito mas afanoso de penetrar los arcanos de la ciencia del maestro que yo lo estaba en aquel instante, Julia mia.

Quiso no obstante mi mala estrella, que cuando llegué á su cuarto estuviese allí Susana. Al vernos, las dos nos pusimos coloradas, y fijamos los ojos en el suelo, turbadas y confusas.

La abuela estaba sentada delante de un escritorio de nogal adornado con chapas de bronce, cuya construccion debia datar del tiempo de los godos, segun era su aspecto magestuoso y venerable. Pareció no apercibirse de nuestra turbacion, y siguió imperturbablemente su tarea.

Yo fuí á recostarme en el alféizar de la ventana, y aunque parecia que miraba al campo, mi alma se habia trasladado toda á mis oidos.

La abuela estaba ajustando la cuenta del dia anterior, y á la verdad, no pudo menos de sorprenderme y desagradarme el interés con que procuraba indagar la inversion de la cantidad mas insignificante. A pesar mio, la acusaba de ruindad y avaricia, tanto mas cuanto las respuestas de Susana eran tan sencillas que revelaban una lealtad á toda prueba.

Cuando la abuela hubo concluido su operacion, dió á Susana las órdenes para el dia, y ésta se retiró.

Entonces me acerqué al escritorio, sobre el cual habia esparcidos varios libros de cuenta y razon, cuyas hojas estaban cubiertas de números, y exclamé casi asustada:

—Dios mio! qué trabajo tan penoso! ¿Y esto es de todos los dias?

—Todos!

—Pero la ocupará á Vd. mucho tiempo?

—No lo creas, hija mia, me dijo la abuela depo-

niendo su pluma en el tintero y mirándome con bondadosa expresion: ya te he dicho antes que el que se levanta con el sol duplica su existencia. Una hora mas ó menos de sueño por la mañana decide de la regularidad de los quehaceres de todo el dia. El madrugar un poco, y el orden, son los dos grandes secretos de gobernar bien una casa, y de que sobre el tiempo para todo. Esta ciencia que parece tan lata, casi se podia encerrar en las dos máximas siguientes, que son de una verdad incontrastable: *Vuelve siempre las cosas al mismo lugar de donde las has tomado, y no dejes nunca para mañana lo que tienes costumbre de hacer hoy.* Y esto es muy obvio, Enriqueta. Si dejas un quehacer para mañana, en vez de una hora que te hubiera ocupado serán dos, y así se irán duplicando sucesivamente á medida que lo vayas retrasando, pues de cualquier género que sea el desperfecto que no se remedia en un principio, va tomando cada dia mayores proporciones.

Al contrario, siguiendo las dos máximas indicadas, no hay trabajo, por penoso que sea, que no se simplifique y no se haga llevadero. Acuérdate que el enemigo del orden es la pereza, que la pereza es hija del hábito, y que como todos los vicios, adquiere mayor imperio cuantas mas concesiones se le hacen. Sin duda habrás oido decir muchas veces en tu vida, y aun lo habrás leído en muchos libros, que no son propios de espíritus superiores ni compatibles con una inteligencia elevada, esos cuidados minuciosos, esos quehaceres uniformes de todos los dias, esas nimias y constantes atenciones que no terminan nunca.

Los que hablan así, Enriqueta, son el orgullo insensato, es la pereza, disfrazada burlescamente con el manto del saber. Nunca pueden ser pequeñas las cosas que producen grandes resultados. ¿Pues qué? despreciaríamos la semilla del trigo, porque es un granito diminuto y sin belleza, y seríamos tan necios que no nos acordemos al verla de las fecundas y doradas espigas que alimentan á todas las criaturas de la tierra? Y sin embargo, sin aquella, éstas no existirían.

Los que tal dicen, los que tal opinan, pueden tener talento, pero carecen de alma. Carecen hasta de conciencia, porque en su egoismo dejan secar el campo, que su compañero ha sembrado con inauditos esfuerzos, por no mancharse las manos, arrancando la mala yerba que roba á las plantas útiles su sávia? ¿Qué le importa entonces á su defraudado compañero, qué le importan á la sociedad sus estériles talentos? Lo que para nada sirve, nada vale, y solo lo que es inútil al bienestar de los demás, es lo que merece ser reputado como indigno de ocupar la atencion de una criatura racional.

Las virtudes y los vicios del hombre es indudable que radican en el hogar doméstico: el hogar doméstico es el cáuce de donde se derivan las aguas turbias ó

cristalinas que deben fertilizar la tierra. Ah! por nímias que sean en la apariencia, ¿puede haber una gloria mayor para la mujer, que hacer de los hombres semidioses, que se desprendan de la tierra para escalar el cielo? Si esos espíritus superiores se dignasen tomar por lo sério esas *pueriles* ocupaciones y estudiar su inmensa trascendencia, no se desdeñarían de consagrar su vida á unos detalles que forman un todo tan glorioso. Además, Enriqueta, que sucede con esas ocupaciones como con los efectos de óptica. Créas ver una inmensa cordillera, te acercas, y no hay mas que una línea. Todo se reduce al método y al órden.

Mira, yo me levanto muy temprano, como tú sabes, y mi primera operacion es postrarme de rodillas ante el Santo Crucifijo que hay á la cabecera de mi cama, y darle gracias porque me permite aun saludar el sol; pedirle fortaleza para cumplir mis deberes, y amor hácia el prójimo, mucho amor, porque es la fuente de todas las virtudes.

Por qué ves, Enriqueta? El amor, ó lo que es lo mismo, la caridad, es la que nos hace tolerar los defectos de cuantos nos rodean, perdonar sus debilidades, mostrarnos indulgentes con sus yerros; y la madre de familia debe ser la sacerdotisa de la paz, la blanca paloma que trajo á Noé el ramo de oliva, símbolo de la alianza que reanudaba la tierra con el cielo, la celosa vestal que guardaba incesantemente el fuego divino ante el Arca sacrosanta. Este gracioso mito de los griegos nos prueba, que hasta desde la mas remota antigüedad, los hombres habian creído justo divinizar el culto del hogar doméstico. La madre de familia, imágen de la benéfica naturaleza, debe combinar entre sí los mas heterogéneos elementos, amalgamar la luz y la sombra, la brisa y los huracanes, el calor y el frio, para que de su reunion, surjan las variadas estaciones, todas llenas de encanto y poesía, todas útiles al hombre!

¡Oh, si la hubieras oído, mi querida Julia, hablar así, con el acento de una íntima conviccion, de una fé profunda! Si la hubieras visto, con la mirada brillante y el rostro inflamado de entusiasmo, hubieras sentido abrasarse tu alma al contacto de su puro fuego.

Medita sobre sus palabras, Julia: ¿no ves entreabrirse ante tus ojos un horizonte nuevo y esplendoroso.

ANGELA GRASSI.



## LITERATURA.

### LA FLOR DEL PENSAMIENTO.

Un pensamiento me diste,  
Elisa bella, y yo pienso  
Que ojalá en sus leves hojas  
Hubieras el tuyo envuelto;  
Pero al menos, vida mia,  
Que me declares te ruego  
Qué pensamiento tuviste  
Al darme ese pensamiento.

Díme si es su puro aroma  
El de tus suspiros tiernos;  
Si un emblema de tí misma  
En esa flor mirar debo;  
Si es símbolo misterioso  
De esperanza ó de recuerdo  
Con que, elocuente y sencilla,  
Me espresas tu pensamiento.

Díme si es flor que ha brotado  
En el verjel de tu pecho,  
Y que, al trasplantarse al mio,  
Anuncia fruto risueño  
De dulcísimos amores:  
Que tanto á soñar me atrevo  
Cuando por la vez primera  
Me ofreces un pensamiento.

Cuando el tuyo me regalas,  
Me los inspiras tan bellos,  
Y la tuya tantas flores  
Brotar hace en mis desiertos,  
De inmarcesible belleza,  
De ventura y de consuelo,  
Que no has de estrañar si loco  
Pongo en tí mis pensamientos.

Si es un sueño tanta dicha,  
Déjame en mi dulce sueño,  
Sin aumentar desengaños  
A los que sufridos cuento;  
Permite que me transporte  
Tu flor al jardin del cielo,  
Y que en mi esceso te pinte  
Mi amoroso pensamiento.

Tú sabes, Elisa bella,  
El encanto y embeleso  
Con que mis ojos tus gracias  
Por la vez primera vieron,  
Y que ante tu flor mi lábio,  
En raudal de ellas deshecho,  
Te pregonó desde entonces  
Mis amantes pensamientos.

—  
É imaginé que tú, amable,  
Los escuchabas sin tedio,  
Y nuestros pechos latían  
Con un mismo sentimiento  
De amor ideal, purísimo,  
Leal, constante y eterno:  
Pues tú me lo has inspirado,  
No culpes mi pensamiento.

—  
Muchas flores en mi alma  
Ví nacer y morir luego;  
Mas la tuya, Elisa bella,  
Que viva por siempre espero:  
¿Me dará fruto de dicha?...  
Que me declares te ruego  
Qué pensamiento tuviste  
Al darme ese pensamiento.

F. J. SIMONET.

### LAS PERAS DEL BUEN CRISTIANO.

En el último tercio del siglo XV, una mañana de Junio acariciaba el día con su lumbre la gigantesca torre de un castillo sombrío y triste, y que no obstante, servía de morada á un rey.

El castillo, que existe todavía, se llama Plessis-Tours; el rey, Luis XI.

Penetremos en la régia morada, y prescindiendo del traje que viste su régio huésped, fijémonos en su fisonomía.

Sus mejillas demacradas, sus ojos hundidos, y sus cejas negras y espesas, prestan á su semblante, envuelto en la sombra que proyecta el sombrero que cubre su cabeza, lleno de medallas, cierta espresion de malicia, hipocresía y majestad, que á un mismo tiempo repugna é impone.

Solo, sentado delante de una mesa cargada de papeles, parece entregado á un asunto grave, que de improviso interrumpe el paso de un hombre que penetra silenciosamente en la estancia.

Es Olivier, llamado el Malo y el Diablo, por la astucia verdaderamente diabólica con que llevaba á término los planes de la tortuosa política de su amo, de quien era á un tiempo barbero, ayuda de cámara, y confidente íntimo.

Al verle se estremeció Luis.

—Es cierto? le dijo con ansia.

—Cierto, señor, contestóle el sombrío personaje, inclinándose respetuosamente.

—Me contraría este acontecimiento, exclamó el rey, levantándose y frunciendo las cejas.

Un profundo silencio sucedió á esta exclamacion.

—Dónde está? Por ventura en el convento? añadió con inquietud.

—No, contestó Olivier sonriéndose de una manera diabólica: antes de restituirse al convento quiere presentarse á V. M., y ha pasado la noche en casa de una persona que no le conoce, y por consiguiente no es temible.

Luis lanzó de su turbado pecho un suspiro de alegría; y luego una sonrisa, semejante á la de su confidente, contrajo su boca.

—Se ignora en el convento que ha regresado?

—Sí, señor, completamente.

—Bien, contestó el rey despidiendo con la mano á Olivier y encerrándose en sí mismo.

Apenas éste se había alejado, un caballero con la visera echada dibujóse en la sombra, y avanzando lentamente, se detuvo delante del rey.

Luis, supersticioso por naturaleza, no pudo reprimir un movimiento de espanto.

—Seas quien fueres, levanta la visera, ó te haré castigar como á un traidor, dijo, repuesto de la sorpresa, al desconocido.

Contestóle una grosera carcajada, que debióle parecer á Luis la voz de un ángel, porque de improviso su semblante se serenó.

—Ah! eres tú? Has presentido que te hé menester y te presentas armado de punta en blanco, como un caballero en la arena del combate? Desgraciadamente no necesito una espada, sino una idea.

Tristan, porque era el mismo, refirió al rey que se había visto obligado á vestirse cota, casco y escudo para regresar á Francia, donde se le odiaba á muerte.

Tristan era un hombre robusto y de estatura gigantesca; el rey le temía y le amaba al mismo tiempo, porque aun mismo tiempo era su consejero y su verdugo, su espada y su remordimiento.

Cuando terminó su relacion, le midió el rey con una mirada, y acaso comprendiéndola, Tristan se sonrió y llevo la mano á la espada.

El rey le refirió entonces, llamándole compadre, como siempre que le necesitaba, lo mucho que le contrariaba el regreso de un prior que se creía había sucumbido en un viaje á Tierra Santa.

Tristan hizo un gesto indefinible, á que Luis contestó con un movimiento de cabeza.

—¿Y si se descubre que ha sido asesinado? exclamó Tristan de improviso.

Luis hizo un gesto señalando maquinalmente al Cher, cuyas ondas se descubrían en lontananza desde el castillo de Plessis-les-Tours.

—Pasará por el puente, se dijo Tristan, saludando profundamente y pidiendo permiso para retirarse.

En cuanto estuvo solo quitóse Luis XI el sombrero que cubría su cabeza, lleno de medallas, hizo la señal de la cruz, y murmuró algunas oraciones.

## II.

En frente del castillo de Plessis-les-Tours estaba la Abadía de San Cosme, cuya jurisdicción había cedido el Papa al rey, con el derecho de nombrar prior.

Luis XI profesaba á San Cosme una devoción especial, y visitaba diariamente la Abadía, que era en una palabra, una verdadera sucursal del castillo.

No podía negarse que aquellos edificios, de aspecto diferente, tenían cierto punto de contacto, cierto parecido: con el rey penetró la ambición, y la zozobra, y el disgusto que la acompañan, en la humilde y pacífica Abadía en otro tiempo. Un puente de piedra unía la casa de Dios con la del rey, y bajo su nave llevaba el Cher sus ondas al mar.

Años hacía que desempeñaba el priorato de la Abadía un monje, cuyo carácter, recto y virtuoso, servía de ejemplo á la comunidad, y al pueblo de admiración.

Reunióla un día en su celda, y la comunicó su proyecto de emprender un viaje á Tierra Santa para visitar el sepulcro del Salvador, como acostumbraban desde época remota los priores de la Abadía, y en sus estatutos estaba ordenado por el fundador.

Solicitó la vènia del rey, y éste, antes de dársela, le dijo:

—Vais á abandonar vuestro ganado!

—Antes de morir, señor, quiero besar y humedecer con mi llanto la losa del sepulcro del Redentor. Así lo previenen los estatutos de la Abadía, y así me lo ordena ardientemente el alma.

El rey se santiguó, y prosiguió:

—Cuánto tiempo necesitais para ir y volver?

—Seis meses: si transcurridos que sean no regreso, encomendadme á la clemencia Divina. El hermano Absalon, durante mi ausencia, se encarga de representarme, conduciendo mi ganado por el camino que guía al cielo: es persona de mi entera confianza.

Luis dió su permiso al monje, y estrechándole cordialmente contra su pecho, le pidió la bendición y le deseó feliz y rápido viaje.

El monje Absalon, á cuyas manos había transmitido el reverendo durante su ausencia el poder prioral, ocultaba, bajo una apariencia de sencillez, una gran ambición, y como deseaba ardientemente poseer en propiedad el puesto que ocupaba interinamente, quería servirse de su momentánea omnipotencia para desposeer al hombre que había puesto en él su confianza.

Por de pronto se formaron dos partidos en la Abadía; uno abogaba y sostenía el derecho del prior ausente; otro, dudando que regresase, y alucinado por los manejos de Absalon, pedía que se eligiese á éste para sustituirle.

El rey, que no ignoraba el estado de los ánimos de los monjes, ni la discordia que les dividía, tomó la defensa del ausente, y declaró que no elegiría nuevo prior hasta que transcurrieran los seis meses, dentro de los cuales había prometido regresar.

Pero el tiempo corría, se borraba la memoria del ausente, y aumentaba el número de prosélitos de Absalon.

El rey sostuvo su palabra un año.

Un día reunió en su castillo á los monjes, y les anunció la muerte de su prelado, que acababa de participarle un peregrino.

El prior podía haber muerto, pero lo cierto era que Luis no había vuelto á saber de él desde el día de su partida.

Comenzaban á enojarle el desorden y el disgusto que reinaban en el convento, y para devolverle el reposo, supuso la llegada del peregrino y la muerte del prior.

Absalon fué reconocido oficialmente sucesor del difunto, y al siguiente día de haberse celebrado pomposamente su investidura, y cuando ya creía el rey terminado el asunto, le avisaron el regreso del prior desposeído.

El desventurado había sido hecho prisionero por los sarracenos, y á costa de infinitos peligros había logrado evadirse de sus manos.

Esta noticia hirió al rey, como pudiera haberlo hecho un rayo.

Absalon no consentiría en renunciar á su dignidad, y él, sin detrimento de su decoro, ¿podía desposeerle de ella?

Hé aquí para qué llamó á Tristan en su auxilio. En la Abadía se ignoraba el regreso del prior, y si éste se ahogaba *casualmente* en el Cher, ni el reposo de la comunidad, ni la dignidad real, padecerían menoscabo alguno.

Ya conocemos, pues, á los personajes que figuran en este cuadro, y el sentimiento que les mueve.

Tristan regresó á su casa, se despojó de casco, escudo y peto, y envolviéndose en una capa de paño burdo, dirigióse lentamente al puente que une el castillo á la Abadía.

El Cher arrastraba sus ondas hácia el Loire, la brisa las rozaba suavemente, y los árboles de la ribera las saludaban inclinándose.

—Aunque no es rápida la corriente, no tardará en conducir á algunas millas del convento á mi hombre, dijo Tristan mirando al rio, y sonriendo sinies-tramente.

Absalon habia sabido el regreso del venerable prelado, que habia depositado su confianza en él, y á quien debia restituir la potestad prioral en cuanto identificára su persona, y como el rey parecia preocupado vivamente por este asunto. ¿Qué hacer en situacion semejante? Huir, ó ponerse de acuerdo con Luis XI para desposeer á su predecesor? Decidióse por lo segundo, y puso por obra su proyecto inmediatamente, porque, como el rey, temia ante todo que llegara á noticia de los monjes el regreso del peregrino.

A media mañana salió de la Abadía y se dirigió al castillo, con la cabeza sepultada en la capucha.

A la misma hora maldecia la tardanza de su hombre el compadre del rey, apostado en el extremo del puente.

Al ver á Absalon estremecióse y dijo:

—Gracias al cielo! creyendo que era su víctima.

Al reconocer á Absalon en el monje, encojióse de hombros y añadió:

—Qué quiere el rey? Qué no haya mas que un prior? Supongo que le será indiferente que le desembarace de este ó del otro... El otro no llega, y á este le tengo en la mano...

Y diciendo y haciendo, acercóse á Absalon, que al reconocerle, sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—La paz del Señor os acompañe, le dijo con acento trémulo.

—Amen, contestó Tristan abalanzándose á su cuello.

Un momento despues el agua del Cher arrastraba su cadáver metido en un saco.

—El cielo es justo, dijo el rey á su compadre cuando supo que por desembarazarle del peregrino de Tierra Santa, le habia librado del monje díscolo y ambicioso. El cielo es justo, porque ha castigado al culpable y protegido al inocente. Bendita sea la Virgen de Embrum, que me ha librado de un remordimiento!

Se quitó el sombrero, llevó al lábio una medalla que representaba á la Virgen, la colocó encima de una mesa, se arrodilló y oró fervorosamente.

Tristan esperó un instante, pero viendo que la plegaria se prolongaba, retiróse murmurando:

—Ha olvidado que espero, por no pagarme. Paciencia.

Una vez el rey solo en la estancia, se levantó y buscó con los ojos una persona, un objeto que le distrajera de sus sombrías meditaciones.

Un oficial del castillo, abriendo en este instante la puerta de la cámara, anunció al antiguo prior de San Cosme.

—Gloria á Dios! deseaba ardientemente verle! exclamó Luis levantando la voz para que pudieran oírle en la galería próxima á su estancia. ¡Qué si me digno recibirle! Haré mas, voy á salirle al encuentro!

Y dió en efecto un paso hácia la puerta en el momento que la franqueaba el peregrino, confuso y anodado ante semejante recibimiento.

—Señor, dijo arrodillándose, bendiga el cielo á mi soberano y á la Francia. Aquí, como en la esclavitud, este es y este ha sido mi único deseo y la plegaria constante de mi corazón. En prueba de que no he olvidado un punto á mi rey y á mi patria, traigo á V. M. este presente, añadió ofreciendo al rey un arbusto que tenia en la mano: un árbol que enriquecerá vuestros jardines, porque produce, cuando crece, un fruto de agradable vista, de delicioso aroma y gusto, que me he atrevido á llamar *peras del buen principe*.

—Gracias, padre mio, gracias, dijo Luis obligando al anciano á que se levantara. Acepto vuestro presente, pero quiero que lleve vuestro nombre: este fruto delicioso se llamará *peras del buen cristiano*.

Despues de cambiar pruebas de afecto de una parte, y de adhesion de otra, Luis XI, rodeado de su servidumbre, condujo á la Abadía al prior.

Este prior era San Francisco de Paula. (Arreglo.)

E. BLANCAS.

## UN EPISODIO DE LA BATALLA DE ABOUKIR.

Una hermosa mañana del mes de Abril de 1798, una jóven hermosa, cuanto profundamente triste, y un jóven con la cabeza caída sobre el pecho y los brazos cruzados á la espalda, atrevesaban el camino que de Vescovato, pueblecillo de Córcega, conduce á Bastia.

—Lucio! Lucio! exclamó aquella deteniéndose, al cabo, ¿vas á abandonar á tu esposa, á tu hermana, á tu amiga?

—Es preciso Beppa: la patria lo exige.

—¿No has pagado tu deuda con usura á la Francia? En la marina primero, y en el Parlamento mas tarde; ¿no la has servido lo mismo en los combates que en los clubs? El momento del reposo ha llegado, porque has cumplido con tu deber.

—No puede, no debe haber reposo para un republicano, sobre todo estando la patria en peligro. Los miembros del Directorio, los *abogados*, como los llama Kleber, acabarán por perder á Francia; solo un hombre puede salvarla, este hombre es el conquistador de Italia, nuestro jóven compatriota Bonaparte.

—« Ven á unirme conmigo en Tolon, » me ha escrito. Dónde vamos? no lo sé; pero estoy decidido á seguirle al extremo del mundo.

Lucio pronunció estas palabras con verdadero entusiasmo, como si oliera ya la pólvora.

Luego, reprimiéndose y estrechando la mano de su esposa, añadió :

—No temas, Beppa, nuestra separacion no será larga. Las campañas de Bonaparte terminan pronto; hiere á sus enemigos como el rayo.

Beppa movió tristemente la cabeza.

—No sé lo que presiento.... Si al menos me dejáras á mi hijo!...

—Comprendo que la prueba es horrible: sufres como esposa y como madre. Sabe el cielo lo que me ha costado decidirme á llevar á Cárlos en mi compañía. Pero me lo ha suplicado con tanta vehemencia! Consuélete el convencimiento de que es digno de mi nombre.

—Es tan niño....

—Yo ya á su edad me habia embarcado y hecho mis primeras armas contra los genoveses, tiranos de Córcega. Seca tus lágrimas, que Cárlos se aproxima.

El hijo de Beppa tenia diez años, pero representaba quince por su desarrollo.

—Qué nuevas me traes de Bastia? le preguntó su padre.

—Escelentes, padre mio. Tengo orden del general Vaubois de que nos demos mañana á la vela, rumbo á Tolon. ¡Qué ventura!

Una lágrima de Beppa detuvo el arranque espontáneo de su alegría.

—No llores, y confía en que volveremos pronto, demasiado pronto. ¿Temes por mí, yendo con mi padre, y pidiendo tú á la Virgen que me favorezca? No soy tan niño que no pueda manejar un fusil y blandir una espada, y alguna vez habia de empezar mi carrera. Quiero ser general como mi primo! Oh! cuando me veas entrar en Vescovato con mis charreteras de oro y mi sombrero con plumas!...

Beppa estrechó á su hijo contra su pecho, implorando la clemencia divina. Lucio Casa-Bianca la contemplaba con emocion.

A la mañana siguiente, en el mismo sitio, Beppa despedía á su esposo y á su hijo, que tomaron á escape el camino de Bastia.

—Dios mio! exclamó al perderlos de vista, haced que mis presentimientos no se realicen. Lucio, Cárlos, volved: volved, que os vea antes de morir!

Odiado por el Directorio, que le temia, fatigado de la existencia, muelle que arrastraba desde sus victorias en Italia, Bonaparte habia resuelto conquistar á Egipto. Con esta conquista arruinaba el comercio de Inglaterra, y daba á su patria la preponderancia en

el Mediterráneo, del que queria hacer, valiéndonos de su espresion, *un lago francés*. Por otra parte, esta gigantesca empresa pondria el sello á su popularidad. « Los grandes nombres se han hecho en Oriente, » dijo. Vencido por sus instancias, el Directorio le dejó partir y puso á sus órdenes una escuadra montada por sesenta mil hombres. Nadie ignora el génio que Bonaparte desplegó en la campaña de Egipto, que hubiera bastado á inmortalizarle. Desembarcó cerca de Alejandría, la tomó, atravesó el desierto, y la victoria decisiva de las Pirámides le abrió las puertas del Cairo. El éxito de la empresa parecia asegurado, cuando acaeció el lamentable desastre de Aboukir, que tuvo tanta influencia en el destino de Europa, y que obligó á los franceses á hacer en Egipto proezas que no se habian propuesto.

La flota francesa, mandada por el Almirante Brueys, despues de haber dejado en tierra parte del ejército, emboscóse en Aboukir, cerca de Alejandría. Bonaparte habia aconsejado al almirante que no permaneciera en aquella rada, en la que podia verse envuelto por los ingleses. Brueys resolvió trasladarse á Corfú, pero no quiso hacerlo hasta que recibiera nuevas del ejército, y esto fué lo que le perdió. Nelson, que hacia tres meses le perseguia en vano, vino á descubrirle, y aprovechando la desventajosa posición que ocupaba, resolvióse á atacarle al punto.

El 14 termidor (1.º de Agosto) de 1798, á las seis de la tarde, los marineros en vigía, distinguieron velas en el horizonte, y « los ingleses! los ingleses!» clamaron, sembrando el espanto donde quiera que su acento llegaba.

—Casa-Bianca, exclamó el almirante con su sangre fria acostumbrada, que los marineros que están en tierra se trasladen al punto á bordo. Tenemos tiempo de prepararnos, porque el enemigo no atacará esta tarde.

Pero Nelson, viendo que disponia del mismo número de buques que sus adversarios, trece de alto bordo, proyectó un golpe decisivo, y gracias á una maniobra atrevida, envolvió el ala derecha y el centro de la flota, antes que Brueys hubiera terminado sus preparativos de defensa. Eran las ocho de la noche. El ataque fué tan terrible como inesperado, y la primera descarga puso fuera de combate dos buques. Brueys, que solo tenia á bordo una parte de la tripulación, hizo prodigios, supliendo el número con el arrojo. La derecha de la flota, mandada por el contraalmirante Villeneuve, no habia sido envuelta, y si conseguia avanzar sobre el enemigo, Nelson se veria entre dos fuegos, y la victoria sonreiria una vez mas á Francia.

Era un golpe decisivo.

—Capitan, gritó Brueys, haz seña al contraalmirante que avance, y son perdidos los ingleses.

La noche era oscura, el contraalmirante no pudo

apercibirse de la seña, y permaneció inmóvil esperando órdenes.

La tripulación del Oriente, de que era capitán Casa-Bianca se batía con increíble arrojo.

Lucio y Cárlos estaban en primera fila, como dos simples marineros, con el hacha en la mano. Un casco de metralla hirió gravemente á Brueys en la cabeza y en la mano, pero no abandonó su puesto.

—Un almirante, dijo, debe morir sobre el puente.

Un momento despues, una bala de cañon le hizo pedazos. Casa-Bianca ocupó su puesto, y prosiguió impávido la heroica, cuanto malograda resistencia.

—Valor, clamaba, valor, y á ellos!

De improviso oyóse un grito siniestro, «fuego! fuego!...»

El Oriente vióse rodeado de llamas.

Al mismo tiempo caía Casa-Bianca gravemente herido á los piés de su hijo, que luchaba como un veterano.

—Somos perdidos, exclamó; al mar las lanchas, y sálvese el que pueda; todos habeis cumplido con vuestro deber. Abandonadme á mí, pero salvad á mi hijo!

El heroico niño, de rodillas, sosteniendo sobre una de ellas la cabeza de su padre, vendaba su herida con un pedazo de vela. Al oír las últimas palabras de su padre, se estremeció:

—Yo abandonarte, padre mio! Hemos luchado juntos, y juntos moriremos.

Y abrazándose á él:

—Venid, dijo á los marineros, á arrancarme de sus brazos.

—Cárlos, dijo el moribundo, piensa en tu madre. Vive para ella.

—Oh, madre mia!... madre mia! perdóname!

Los marineros que presenciaron esta escena, lloraron... por la primera vez en su vida.

El fuego tomaba impulso y los buques ingleses se alejaron temiendo que les alcanzara. No habia tiempo que perder. Cuatro marineros se apoderaron de Casa-Bianca y su hijo, que estaban estrechamente abrazados. En el momento de depositarles en la lancha, lancha y buque se sumergieron en el mar, aquella arrastrada por este.

Algunos años despues veíase envejecida por la desesperacion, en el camino de Vescovato, una loca, cuya manía se limitaba á preguntar á cuantos frecuentaban el camino:

—Y Lucio y Carlos? Partieron y no han vuelto, y me horroriza la idea de morir sin abrazarlos.

Aquella desventurada era la esposa y la madre de dos de los héroes de Aboukir, Lucio y Cárlos Casa-Bianca. (Traducido.)

E. HERNANDEZ.

## MODAS.



### Explicacion del FIGURIN, núm. 676.

[Para las suscriptoras á dos figurines.]

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE PASEO.—*Vestido* de barés, color de batista cruda. El cuerpo es alto y cerrado, el talle redondo, con cinturon de seda color de malva. La manga lleva un adorno correspondiente al de la falda, que consiste en medallones ovalados, de grós color de malva, alrededor de los cuales se entrelaza un guarnecido que se compone de tres volantitos de barés, puestos naturalmente, y otro volantito rizado de grós malva, puesto hácia arriba. Un volante de barés termina la falda.

*Albornoz* árabe, de blonda negra, con gran capuchon.

*Sombrero* de paja de arroz. Una blonda blanca, puesta lisa, cubre el ala y los dos lados del bavolet, donde termina. Esta blonda está dispuesta de modo que viene doblando sobre el ala á caer encima del bandó, que se compone de una peonía con ramaje á los lados. Un pompon de plumas rizadas adorna el ala por encima, y de él viene á salir un pájaro *esprit*, cuya cola estiende sus plumas por el lado derecho. El rostrillo es de blonda blanca, orillado de negro: las bridas de cinta de seda blanca.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE PARA EL CAMPO.—*Vestido* de muselina blanca lisa, compuesto de una túnica con aldetas y otra falda larga de mucho mas vuelo que aquella. El cuerpo es alto de talle, redondo, y tiene debajo otro interior escotado. Las mangas, anchas, huecas, y con puño, corresponden á la falda, propiamente dicha: las de encima llevan vuelta ó aldetas y pertenecen al cuerpo y túnica: tanto en estas mangas, como en la túnica, los anchos de la muselina van sin coser, hasta cierta altura, y en la parte inferior sus puntas doblan como las barras de la aldetas de una casaca de mosquetero, sujetándose con un lazo de blonda negra: las orillas de esta túnica llevan jareton: sobre el cuerpo se pone una especie de cinturon-*écharpe*, que hace punta en la espalda, y cruza por delante, volviendo á anudarse por detrás en el talle, y flotando sus largos cabos. Tanto este cinturon, como los lazos de blonda, se componen de un rico entredos con puntilla, sin fruncir, en las orillas: van armados en tul negro liso para que tengan consistencia.

*Sombrero* de paja, á la Emperatriz: la copa es chata, y lleva alrededor una cinta de terciopelo negro con lazo atrás: el ala redonda, caída por delante y por detrás, y guarnecida su orilla de una blonda negra. Por delante se coloca una media corona de plumas negras, cortas y rizadas, con una rosa en su centro.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.